

IV. RESEÑAS Y NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias Secretas de América* (Edición Facsimilar, Biblioteca Banco Popular, Bogotá 1983) 2 volúmenes 707 pp.

Dentro de la aridez insular que vive Colombia con respecto a la producción bibliográfica sobre América Latina es un gran mérito que la Biblioteca del Banco Popular haya elegido para su publicación estas *noticias secretas* sobre la vida militar y social de una parte de la América Española.

Jorge y Juan Antonio de Ulloa nos han dejado una obra orientada a describir dos grandes problemas de la época: El que tiene que ver con los aspectos de la estrategia militar para la defensa de las colonias y, de otra parte, el relativo a las relaciones de opresión que viven los indios del Perú en la primera mitad del siglo XVIII.

No se trata de una obra dedicada a pintar ensenadas, desembocaduras, puertos y bahías sino que nos lleva hasta los astilleros, los arsenales y los cuerpos de marina para advertirnos de los peligros que acechan la seguridad de un mundo que amenazaba y codiciaba la guerra inter-metropolitana. Se resaltan no solo los aspectos militares sino los que tienen que ver con las condiciones que afectan el proceso de construcción de naves al igual que las desventajas del sistema de adquisición de materias primas que se insume en dicha actividad. El hecho de que los astilleros del Callao y Guayaquil se surtan de hierro traído de España y que la brea y el alquitrán vengan de Realejo

y Sonsonate (México) a precios especulativos es tan inconcebible como el que desde Chachapoyas y Cajamarca se traigan las lonas o que la Jarcia, el Sebo y las maderas para las carenas tengan que venir desde Valdivia y Chiloé (Chile) a través de intermediarios que operan dentro de la industria, inflando el costo final del producto, en detrimento de la Real Hacienda que bien podría, mediante la compra directa, aumentar el número y la calidad de las naves de guerra que las colonias necesitaban para su defensa.

Este primer volumen no es un recuento insulso de las ventajas y desventajas militares sino que los autores afinan su sensibilidad a medida que la obra discurre y penetra en los cuerpos de marina donde la indisciplina de las tropas, su abasto y sus raciones aparecen como tópicos de la vida cotidiana en esta sociedad portuaria en donde los capitanes de navío se hicieron propietarios de las pulperías a donde llegaban los marinos a gastar sus salarios en goces especulativos y en vicios fomentados por sus mismos comandantes.

Indudablemente donde los autores logran uno de los cuadros más dramáticos de la sociedad Andina de mediados del siglo XVIII es en un segundo tomo, dedicado a describir las instituciones básicas que predominaban en el interior del Perú. La corrupción, el abuso, los malos tratos, el oportunismo y el clientelismo eran los atributos de una sociedad postrada por los vicios y ahogada por la injusticia social que bien podía percibir cualquier viajero desprevenido. Los grandes representantes del poder colonial, en las remotas provincias de la sierra peruana, van desfilando en forma descarnada contrastados con la impotencia de sus súbditos, trabajadores y dependientes que pasivamente aceptan los excesos del lucro, hasta que a la final el conflicto y la sublevación buscan sustituir los esquemas de la sociedad vigente signando con sangre y con guerra la sordera de jueces, funcionarios y administradores de justicia.

El capítulo sobre los corregidores y sobre los repartimientos es una lección sobre el engaño, la mentira y la frustración que caracterizaba al mercantilismo en los andes peruanos. Trucos y avivatadas que conducían a rápidos enriquecimientos hicieron del repartimiento y los tributos una tragi-comedia propia del círculo dialéctico en que se mueven los pueblos andinos. Robar a los indios, extraer jugosos excedentes, he ahí el fundamento de ese circuito comercial que recorría Lima y la Sierra, articulando las mercaderías europeas a los más recónditos ranchos quechuas. Los comerciantes intermediarios corrían desde Lima a los centros de residencia de los corregidores para que sirvieran de mediadores ante los caciques para el reparto de todos sus cacharros. Los indios recibían navajas de afeitar para sus imberbes rostros, peines, barajas y cajetas de tabaco, libros, plumas y papel blanco "cuando la mayor parte no entiende el castellano y en su lengua natural no se ha co-

nocido nunca el arte de escribir". En fin, hasta aceitunas debían recibir los indios y otras mercancías inútiles que debían cancelar antes de que un nuevo ciclo de repartos se iniciara.

Junto a esta institución se describen otras no menos vitales: La iglesia y la hacienda. Hacendados y curas eran los generadores dinámicos de una sociedad próspera gracias a la creación de formas compulsivas de trabajo que comprometían indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños, en las minas, en las haciendas y en los obrajes. Vinculada a este mundo de producción incalculable de riqueza la iglesia contribuía a extorsionar con la fé a estos naturales. Los sacerdotes entendieron muy bien las ventajas dadas por las vanidades de este mundo e introdujeron a los indios en sus tierras y en todas sus posesiones, incluidas sus casas, donde las indígenas no escaparon a las incontrolables pasiones de la carne.

Los autores no podían dejar de describir los tipos de haciendas y trabajos que caracterizaban a la sociedad virreinal ni el rigor y celo de sus administradores. Tampoco podían descuidarse las descripciones sobre la riqueza en plantas, animales y minerales de los andes del Perú y Quito. Finalmente, su percepción de los conflictos surgidos en el grupo dominante de la sociedad peruana nos muestra cómo los intereses económicos de criollos y peninsulares se aferraban contradictoriamente al sistema colonial. Su agudización creció a lo largo del siglo XVIII y se desbordaría a comienzos del siglo XIX.

Los editores de 1826 apasionados con el contenido de esta obra, acertaron igualmente al incorporar un informe del Intendente de Guamanga de 1804. El anquilosamiento de aquella estructura que describieron Juan y Ulloa es marcadamente evidente.

Aunque estudios recientes sobre los años de estos autores han recurrido a nuevas técnicas y métodos para aproximarse a la sociedad colonial, no por ello han invalidado los dramáticos trazos de una sociedad que aún hoy día recorre insospechados senderos de miseria y angustia que no logran descifrar los modernos representantes del poder nacional.

Hermes Tovar Pinzón
Profesor Titular - U. Nal de Colombia.

Bernardo Tovar Zambrano, *La Colonia en la Historiografía Colombiana*, Edit. La Carreta, Medellín, 1984, 193 págs.

El trabajo de Bernardo Tovar es un intento de reflexión seria y rigurosa sobre el oficio del Historiador y sobre los esquemas que subyacen a cada interpretación de los hechos que componen el período denominado "Epoca Colonial".

Apunta en este sentido a llamar la atención sobre una labor que debería ser más frecuente entre los historiadores: la descripción y el exámen crítico de los conceptos que orientan una investigación, y los problemas que cada tendencia plantea, subraya o minimiza, de acuerdo al horizonte teórico, político o ideológico en el cual se inscribe y que imponen -incluso- la asignación de un determinado sentido a la palabra "Historia".

En suma, el autor ha creído que es hora de historiar las investigaciones que sobre las distintas épocas de nuestra historia nacional se han producido.

Tovar Zambrano ha tomado para sí la tarea de analizar la filiación de los diversos criterios que historiadores y tendencias han asumido al presentar su particular visión de la Colonia, desde la misma *Historiografía Colonial*, pasando por la *Historiografía del Siglo XIX*, hasta los estudios historiográficos que sobre la época en cuestión se han elaborado en el Siglo XX.

En cada uno de los momentos y modos de pensar la colonia, el autor, va señalando, ora la recurrencia, ora las modificaciones o transformaciones que sobre el discurso historiográfico va haciendo el historiador de acuerdo a sus propias perspectivas históricas, a las reglas y criterios que rigen sus razonamientos e hipótesis y a los procedimientos utilizados para observar, registrar e interpretar los hechos.

Así, al presentar la *Crónica Colonial* como el "primer relato histórico", observa, contra los que oponen la crónica a la historia aduciendo su carácter puramente descriptivo, que aquella constituye "el primer ordenamiento de los hechos en un discurso cronológico que intenta captar la historicidad de los procesos" y que por tanto está impregnada de concepciones, motivaciones e interrogantes que provienen de la tensión entre indígenas y conquistadores: Legitimidad (?) o legitimación (?) de la conquista; preeminencia institucional de la Iglesia, o el Estado; derechos y deberes de nativos y foráneos, etc.

La percepción que se tuvo de éstos y otros problemas y la respuesta que se les dió originaron las dos tendencias - colonialista e indigenista - que se disputaron la influencia política del momento y proveyeron

a la Corona Española la información que ésta requería para la elaboración de su política colonial.

Después de registrar las Crónicas y los Cronistas más relevantes de los Siglos XVI y XVII y de explicar las razones - políticas las más - de la decadencia de esta actividad durante el Siglo XVIII, Tovar muestra cómo las condiciones socio-políticas gestadas a raíz del proceso de la Independencia, estimulan el pensamiento historiador, por cuanto presentan una gama de problemas nuevos, muchos acuciantes, que demandan una reflexión más intensa y un análisis más comprometido con la naciente república que, en palabras suyas, "debe afrontar, a partir de este momento, el proceso de constituirse en Estado Nacional".

Las tendencias historiográficas del Siglo XIX responden al marco de condiciones y exigencias del momento histórico: la creación de nuevas estructuras socioeconómicas y el surgimiento e irradiación de nuevos grupos sociales y políticos con posibilidades de elaborar proyectos y formular alternativas para el proceso en construcción; de aquí emergen las ideologías liberal y conservadora, vinculadas, la primera, a la empresa del Radicalismo y la República Federal y la segunda al proyecto de la Regeneración y la República Conservadora. La Historiografía liberal, representada por José A. Plaza y José María Samper, interesados en justificar los supuestos sobre los que se asienta la República liberal, ofrece, afirma Tovar, una visión negativa de la Colonia; la Historiografía conservadora, con José Manuel Groot a la cabeza, toma como modelo la visión hispanista de la realidad colonial: valoración positiva de la dominación española y de la obra de la religión y añoranza de las tradiciones hispánicas.

Ambas de corte narrativo, pero fuertemente politizadas, se encaminan a "legitimar con su visión peculiar del pasado, el proyecto político del presente": la liberal tiende a ser anacrónica, la conservadora, arcaica; aquella, de talante positivista, funda su explicación en los hechos; ésta en la Divina Providencia.

Los múltiples y complejos temas abordados por la historiografía del Siglo XX sobre la época colonial, la diferencia de enfoques teóricos, y el uso de métodos, técnicas y fuentes diversas, obligan al autor a detenerse prolijamente en cada una de las tres tendencias que configuran el espacio de reflexión sobre este período:

La primera, denominada Académica, regida por patrones de cuño positivista: objetividad, imparcialidad, hiperfactualismo y supuesta neutralidad valorativa; pero también erudición y concepción "romántico - patriótica" de la historia. Entre los exponentes más connotados de esta tendencia se encuentran: Eduardo Posada, J.M. Cordovez Moure, Henao y Arrubla y Ernesto Restrepo Tirado.

La Segunda, Historia Económica y Social, que hace su aparición en la década del 30, está vinculada a dos hechos: el carácter del desarrollo general del país, es decir, su proceso de modernización capitalista y la incorporación de disciplinas y teorías como la sociología, la economía y el marxismo al espacio intelectual del momento.

Las nuevas condiciones permiten al historiógrafo posibilidades de enriquecimiento de su propia actividad, pero a su vez le imponen un sentido más estrictamente científico en sus hipótesis de trabajo y el uso de modelos metodológicos y técnicas provenientes de otras disciplinas.

Como es de suponer los factores económicos y sociales que intervinieron en el hecho histórico adquieren cada vez mayor significación en cuanto que ellos explican los fundamentos del acontecer histórico, dándole una nueva dimensión al "hecho" que dejará de ser mera descripción.

La confluencia de temáticas, teorías y técnicas nuevas en el contexto intelectual, lanzan a los investigadores a la búsqueda de nuevos enfoques interpretativos y a la selección de problemas por su relevancia económica y social originando un complejo movimiento historiográfico de orientaciones diversas, cuyos elementos comunes son "bastante escasos".

En este panorama se destacan por sus intentos de renovación investigativa, Luis Eduardo Nieto Arteta, Luis Ospina Vásquez y Guillermo Hernández Rodríguez; y como un innovador de la historiografía liberal - denominada "revisionista", Indalecio Liévano Aguirre.

Finalmente el autor analiza la tercera tendencia historiográfica de nuestro siglo denominada Nueva Historia: en ella, el sentido crítico se aguza y la recepción y aprovechamiento de aportes de otras disciplinas científicas se hace más patente.

Las nuevas promociones de investigadores se gestan en el ámbito universitario y promueven por lo mismo la profesionalización del oficio de historiador.

La Nueva Historia es un movimiento heterogéneo, cuyos puntos comunes están presentes en un rechazo a la historia tradicional y en el interés por el conocimiento histórico, exento de influencias extracientíficas.

Como en otras tendencias, se observan temas privilegiados para su reflexión y su análisis, entre los que merecen destacarse: Historia Económica Social y Demográfica; y los estudios de "Historia Regional" que apuntan a obtener una visión más acabada y completa sobre la época colonial.

FERNANDO E. D'JANNON RODRIGUEZ

David Bushnell. Eduardo Santos y la Política del Buen Vecino. Bogotá El Ancora Editores, 1984.

Es este un libro que analiza las relaciones entre Colombia y los Estados Unidos en un período de cambios profundos en nuestro país y de explosivas contradicciones internacionales. El ensayo de David Bushnell, editado en inglés en 1967 por la Universidad de Florida, nos introduce en las interioridades del régimen de Eduardo Santos en momentos en que se produce un ablandamiento de la política exterior norteamericana con referencia a Hispanoamérica como un resultado referido al mismo tiempo a los planteamientos políticos inherentes al New Deal de Franklin Delano Roosevelt y al ascenso de la amenaza nacional - socialista y las vísperas de la segunda guerra mundial. El trabajo de Bushnell muestra de otra parte (particularmente en el Informe sobre Laureano Gómez del embajador Spruille Braden y en la entrevista realizada por este último al dirigente conservador) las divergencias entre los liberales y el partido conservador con respecto al punto de vista con que habría de mirarse por parte del estado colombiano el replanteamiento del equilibrio político mundial. De este estudio esclarecedor (lástima grande que se resienta de esa pesadez estilística tan típica de ciertos investigadores del mundo académico norteamericano) se desprende definitivamente la idea de cómo realmente la actitud liberal desde los años de la primera administración Alfonso López (1934 - 38) hasta el instante en que el régimen santista llega al poder para imprimirle una 'pausa' al reformismo lopista, no significó una confrontación de fondo a la política exterior de los Estados Unidos en relación con Latinoamérica y específicamente con referencia a nuestro país. En otros años, una crítica de esta naturaleza se habría considerado ligada al radicalismo de izquierda, pero el análisis de Bushnell pone las cosas en su sitio al mostrar el reacomodamiento definitivo del estado liberal a las pautas generales de la política externa norteamericana. Probablemente esta definición fue acelerada en virtud de la cada vez más violenta política de los ideólogos alemanes. Recuérdese que Hitler asciende a la cancillería en 1933, y lo que significó de inmediato para los países vecinos.

De otra parte, la "crítica" conservadora de un ideólogo como Laureano Gómez, a los Estados Unidos, desde el punto de vista de su antagonismo al "materialismo" o pragmatismo norteamericano no implicaba una crítica esencial a la naturaleza profunda que sustentaba las relaciones entre la potencia del norte y las naciones latinoamericanas. Su desdén y su aversión a los Estados Unidos se explican en la medida de su otro amor hacia la ideología autoritaria plasmada en el orden fascista (variante española) y en el orden nacional-socialista, respuesta con la cual Laureano Gómez pretende luego en el país un nuevo equilibrio político sobre la base de la hispanidad, fueron sólo la expresión de una divergencia formal, aunque agudizada en su peculiar personalidad, de

concebir las soluciones a los conflictos políticos. Se explica así la actitud violentamente chovinista del grupo laureanista del periódico **El Siglo** que sindicaba a López de "símbolo de la antipatria", mientras que su aproximación hacia el autoritarismo franquista se concibe como la forma política del regreso a la tradición auténticamente nacional desligada del materialismo capitalista, responsable según Gómez del desequilibrio moral y social del país. Tal fue el comportamiento político del sector más agresivo del conservatismo en relación con los Estados Unidos. Ya que como señala Bushnell, los sectores moderados dentro del conservatismo más bien se acercaban por lo mismo a las concepciones liberales en lo que tiene que ver con la influencia de Norteamérica en nuestra política interna. Obviamente - digo obvio a la luz de la historia posterior - tal moderación habría de desaparecer a la caída de la república liberal y su sustitución por el autoritarismo conservador y su intencionalidad por imponer en el país una constitución corporativista.

Del ensayo de Bushnell se desprende una conclusión coherente con el proyecto político liberal, incluido el periodo santista: las reformas sociales o políticas llevadas a cabo a nivel nacional no excluían de ninguna manera una aproximación a la política externa de los Estados Unidos en Hispanoamérica. Más bien es cierto que el reformismo liberal podía incluirla aunque de otro lado hubiese un ensayo de formularla al tenor de los intereses liberales del momento.

JORGE CASTILLEJO

Profesor Departamento de Historia. U. Nal.

Ricardo Sánchez: **HISTORIA POLITICA DE LA CLASE OBRERA.** Editorial La Rosa Roja, Bogotá 1982.

Esta es una historia del movimiento obrero distinta. No es el tipo de historia sindical y laboral cultivada por la mayoría de los historiadores del movimiento obrero latinoamericano, ni la reducción de la historia de los trabajadores a la historia del partido político, como lo han hecho frecuentemente los PCs.

Ricardo Sánchez acomete la difícil tarea de analizar la trayectoria del movimiento obrero en el contexto global de la formación social y de la lucha de clases, porque sabe que no puede entenderse la dinámica de la clase trabajadora sin estudiar al Estado y la clase dominante. El análisis de las clases sociales no debe desligarse del conflicto de clases, so pena de caer en un enfoque estructural funcionalista, como ocurre a menudo en los libros sobre las clases sociales. Más aún, el estudio de la lucha de clases debe incluir los diferentes estadios de la conciencia de clase. De tal modo, que clase-lucha de clases-conciencia de clase forman parte de una totalidad y se interrelacionan dialécticamente.

Ya lo dijo Marx en el Manifiesto Comunista: "La ideología predominante de la sociedad es la ideología de la clase dominante". El sistema de dominación burgués genera la falsa conciencia de los sectores explotados. Pero a través de la lucha social, la clase trabajadora - incluyendo en ella no sólo al proletariado urbano y rural sino también a las capas medias asalariadas - va desarrollando su conciencia de clase.

Sánchez trata de develar el desarrollo de esta conciencia de clase a lo largo de la historia de casi un siglo de la clase trabajadora colombiana. En su libro, se pueden apreciar las diversas manifestaciones de la conciencia política y conciencia revolucionaria - que no tienen una evolución lineal sino que se entrecruzan en la praxis social, desde la formulación de los primeros sindicatos y el PSR en 1926 hasta los Paros Cívicos de la década de 1970, pasando por la insurrección de 1948, a raíz del asesinato de Gaitán.

También pueden apreciarse en este libro la forma de mediatización de la conciencia de clase por parte del liberalismo burgués colombiano, especialmente a partir de 1936, mediante una política populista. Pero, la mediatización de la conciencia de clase no sólo es efectuada por la burguesía sino también por el reformismo obrero burocrático. En tal sentido, Sánchez pone al desnudo la política del PC, el Frente Popular con López Pumarejo y otras variantes de colaboración de clases, que frenaron el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores colombianos.

Ricardo Sánchez relaciona con acierto las diversas manifestaciones de la conciencia de clase con el pensamiento social, destacando tanto las ideas liberales, populistas y reformistas que mediatizaron la conciencia de clase como las ideas marxistas revolucionarias que contribuyeron a desarrollarla. En esta dialéctica de pensamiento-acción, o mejor a la inversa, Sánchez destaca las figuras señeras del proletariado colombiano: María Cano y Camilo Torres, a quien está dedicado el libro.

El autor se remonta al siglo XIX, a la llamada República de Artesanos de 1854, buscando la tradición de lucha de los trabajadores colombianos, que ya estaban insertos en una formación social semicolonial dependiente del sistema capitalista mundial (págs 12 y siguientes). Allí, en el fondo de la historia de su país, Sánchez encuentra el surgimiento de las primeras ideas socialistas. Más todavía, hace una referencia a las primeras formas de colectivismo entre los chibchas, tradición indígena que no se ha extinguido.

Uno de los capítulos más sobresalientes es el de la génesis del primer partido obrero en las dos primeras décadas del presente siglo, fenómeno en el que se entrelazan los organismos sindicales de clase y el partido, en un proceso similar al chileno en el que el POS y la FOCH, liberados por Recabarren, se fusionaron para dar nacimiento al PC en 1922. Esta relación partido-sindicato - que hoy no sería posible realizar - se explica porque en aquella época existía un solo partido de la clase obrera, y los trabajadores y sindicatos ingresaban a él con el fin de soldar la unidad de clase.

Sánchez destaca, asimismo, la práctica del internacionalismo anti-imperialista y proletario de aquel período al solidarizar activamente con Sacco y Vanzetti y con la gesta de Sandino, "el general de los hombres libres", llegando el PSR y la CON a promover el envío de un contingente de trabajadores, encabezado por Federico Restrepo y Rubén Ardila Gómez, ejemplo de apoyo a Sandino imitado por el salvadoreño Farabundo Martí, el venezolano Carlos Aponte, los hondureños Jose M. Lagos y Julian Montoya, el guatemalteco Girón Ruano y el dominicano Gilbert.

Ese comienzo de regionalización de la revolución latinoamericana - en Centroamérica y el Caribe durante la década 1920-30 - ha renacido medio siglo después con el triunfo de la revolución nicaraguense, mostrando una tendencia del proceso revolucionario continental.

El autor extrae de las grandes huelgas - como la de las Bananeras de 1928 - de la primera huelga nacional y general de 1945, de la insurrección de 1948 y otros movimientos como los paros Cívicos y las tomas de fábrica, importantes lecciones tanto para los trabajadores colombianos como para los latinoamericanos. Por eso, este libro trascien-

de las fronteras de Colombia para convertirse en una herramienta de combate para sus hermanos del continente.

Al final hay un apéndice valioso de Sánchez y Daniel Libreros sobre las experiencias de la clase trabajadora colombiana en el período 1977 - 81.

Es una lástima que el autor no haya podido desarrollar las luchas del movimiento indígena a la luz de la relación etniac clase, la magnitud de la participación campesina en las guerrillas y el papel del anarquismo en el movimiento obrero de principios del presente siglo, aunque es justo reconocer que menciona a la Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena y otros movimientos inspirados por los anarquistas (pág. 76).

Uno de los grandes aciertos del libro es haber destacado el pensamiento y la acción de Camilo Torres y la polémica de Montaña Cuellar con el PC, como parte del proceso de radicalización abierto con la Revolución Cubana. De ese modo, entrega elementos decisivos para la educación política de los cuadros revolucionarios, en esta ardua lucha por construir un partido marxista-revolucionario, tarea a la cual ha entregado gran parte de su vida el autor, porque Ricardo Sánchez no sólo es un investigador sino también un realizador de lo que piensa.

Luis Vitale.

Universidad Central de Venezuela. 9 de julio de 1983.

GONZALO SANCHEZ DONNY MEERTENS: BANDOLEROS, GAMBONALES Y CAMPESINOS

EL CASO DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

PROLOGO DE ERIC J. HOBBSAWM

(EL ANCORA EDITORES, BOGOTA, 1983, 255 PAGINAS).

La publicación de un libro se justifica si cumple con los postulados básicos de aportar un nuevo ángulo de interpretación de un fenómeno, allegar datos desconocidos y documentos nuevos, y abrir la brecha para otros desarrollos del tópico. Esto se cumple cabalmente con el libro de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens.

En lo que se refiere a aportar otro ángulo de interpretación del fenómeno de la violencia, ciertamente nos encontramos ante una versión novedosísima de lo que se llamó el “bandolerismo” en el período naciente del Frente Nacional, con la presencia de individuos connotados por sus capacidades militares y su apoyo en sectores campesinos, como “Chispas”, “Desquite”, “Sangrenegra”, Efraín González, para citar sólo unos pocos.

El tema de la violencia fue tratado, en primer lugar, por la literatura documental, de escasos valores argumentales pero de importancia testimonial, como en “Viento Seco”, de Daniel Caicedo. Más adelante, y con el surgimiento de la sociología aplicada en Colombia, Fals Borda, Guzmán y Umaña Luna, la recolección de material factual sobre los orígenes de la violencia, las zonas afectadas, las tendencias criminosas, los acontecimientos más destacados, reunieron dos volúmenes que provocaron una gran polémica nacional entre los políticos conservadores y liberales de un lado, y los militares de otro. Hasta allí teníamos la radiografía de la violencia, que podía dar lugar a diferentes diagnósticos y medicaciones. En el diagnóstico emergieron las consabidas amonestaciones sobre los peligros que traería una desunión nacional, y la forzosa permanencia del Frente Nacional como mecanismo de reconciliación. Los militares entraron al acuerdo, para erradicar los grupos y caudillos denominados ahora “bandoleros”, perseguirlos con saña y eliminarlos físicamente. Los periódicos, los sermones del clero y los partidos políticos se concitaron en la tarea de lavar sus culpas y aherrar a los díscolos que no quisieron acogerse a la amnistía.

La sociología, la politología y la literatura se han referido a los períodos de la Violencia ante-frente nacional, o al proceso guerrillero de la segunda mitad de los sesenta, que tiene connotaciones diversas, si bien existen raíces comunes en algunos casos. Pero, sobre lo transcurrido entre 1958 y 1963, período tan vapuleado por los periódicos, la radio, los discursos presidenciales y los púlpitos de las parroquias, sólo alguna literatura cuasi-clandestina sobre Efraín González o “Zarpa-

zo” ha circulado para poner en una luz diferente la figura de los personajes actuantes. La opinión pública quedó fuertemente impresionada por el impacto de las fotografías en las que se exhibía la montonera de cadáveres, los cortes de franela, las mujeres embarazadas con el vientre abierto, en fin, el cuadro de Obregón sobre la Violencia. No era fácil descubrir que tales atrocidades habían sido cometidas por el Ejército en las zonas campesinas del Tolima, Caldas y Boyacá, o que los más grandes promotores de la violencia circulaban libremente por las calles y figuraban como “patricios” en los directorios políticos de algún partido. Por el contrario, “Chispas”, “Sangrenegra” o “Desquite” se convirtieron en los símbolos del crimen ciego, vesánico y antisocial al que había que desterrar de la faz del país.

Había motivos para enterrar este proceso que significó, en muchos aspectos, un toque de alarma sobre los peligros que tenía la prolongación de movimientos armados, esta vez desprendidos del centro ideológico liberal que había prestado cobertura política a los guerrilleros del Llano. Ello justifica la andanada que de diversos frentes se hizo contra los “bandoleros”.

El libro de Sánchez y Meertens rescata este período y los personajes que se destacaron en Santander y Boyacá, Quindío, Caldas, Valle y Tolima, esa franja de economía cafetera en la que los guerrilleros liberales se hicieron fuertes, y los conservadores (para el caso de Boyacá y Santander, y esta vez en el contexto de las esmeraldas) consiguieron una base de apoyo importante. La ligazón que muestran los autores entre estos caudillos y los procesos anteriores de violencia, al tiempo que se señala el derrotero de éstos cada vez más cercano al enfrentamiento contra el Estado, la Autoridad y la Ley y, por ende, más cargado de contenido revolucionario en embrión a veces, manifiesto en otras, es ya un nuevo panorama que permite situar los personajes, no en la ola de repudio moral provocado por la burguesía bipartidista en el poder, sino en el decurso de la revolución frustrada producto de la autodefensa campesina y de la resistencia contra los poderes del Estado. No se trata, por supuesto, sólo de este enfoque, que de presentarse así escuetamente revelaría una idealización abusiva del campesino y de la lucha que libró por la tierra y ciertas condiciones democráticas. Lo que se enfatiza, en el texto de Sánchez y Meertens es la persistencia del elemento político, tanto del punto de vista partidista liberal o conservador, como del gamonalismo regional que tenía sus tentáculos a través de dirigentes guerrilleros a los que protegía para mantener su poder. Por otro lado, y esto es tal vez lo más importante del estudio hecho por los autores, se trata de mostrar las vinculaciones de los llamados bandoleros con las formaciones políticas que se estaban gestando en oposición al Frente Nacional, ya desde la óptica reformista (MRL, ANAPO), ya desde la perspectiva radical de izquierda vigente (MOEC, FUAP). A nivel externo, el impacto de la revolución cubana

señala a estos caudillos desbocados, ignorantes y sanguinarios un cauce de enfrentamiento al sistema que busca cristalizarse con mayor claridad, en el caso de "Pedro Brincos" y su guerrilla compuesta por estudiantes universitarios del grupo de Antonio Larrota.

Aquí es donde surge la polémica entre los autores, y las formulaciones de Eric Hobsbawm, en su libro REBELDES PRIMITIVOS, en el que se hace predominar el contexto social del bandolero, las motivaciones del medio campesino o urbano contra el Estado, la policía, los recaudadores de impuestos, el terrateniente. El bandolero sería entonces la expresión de intereses sociales en los que se contemplaría un enfrentamiento contra los poderes vigentes, y una protección del campesino a sus actividades. Las connotaciones de mitología heroica que adquieren estos bandoleros entre el medio campesino no son más que un reflejo de la imagen que éste prefigura, en tanto que son sus defensores y sus bastiones.

Para Colombia, el caso del bandolerismo expresa más bien el movimiento político que se remonta a la época del gaitanismo, al Bogotazo y la autodefensa campesina de factura liberal (a falta de una ideología más apropiada, pues las guerrillas típicamente dirigidas por el PC en Sumapaz son un reducto pequeño en relación a los Llanos o el Tolima), la conformación del Frente Nacional y la descomposición final de un gamonalismo que se sostenía sobre la pugna entre liberales y conservadores, y da lugar a una organización más racional y centralizada del Estado y la política. Los lazos políticos que han tenido estas guerrillas, y que se han venido desgastando, provocan una búsqueda de referencias distintas por parte de los jefes guerrilleros, a los que se convierte pronto en bandoleros por efecto de la persecución montada sobre ellos por el andamiaje político-ideológico-militar del bipartidismo, esta vez unido. Un asunto por demás reconocido por Hobsbawm en el prólogo, es el predominio de los lazos políticos, ya por comisión o por omisión, en el caso colombiano. Las motivaciones de tipo social han quedado diluídas, ya que estos guerrilleros no cuentan más con el apoyo social que tenían en épocas anteriores, y la propaganda oficial de los periódicos cala sobre la mentalidad campesina para abandonarlos a su suerte.

En este tramo, es necesario hacer una observación crítica al trabajo de Sánchez y Meertens, que no hace una distinción clara entre los bandoleros de proveniencia liberal, en lo que el ánimo justicialista tiene algún apego por las características eminentemente conservadoras que adquirió la represión gubernamental y policial, y los guerrilleros conservadores, de los cuales sólo se conserva la memoria de Efraín González, el más famoso de todos los de su época. Las bandas conservadoras no fueron un lugar común, y constituían más bien agrupaciones esporádicas para realizar tareas de depredación y masacres específicas; luego, se

disolvían, contando con la protección de la policía y las autoridades. En Tuluá, León María Lozano, El Cóndor, tenía acceso a la cárcel Municipal, para liberar a sus pandilleros presos por homicidios. Es característico el apelativo de “chusmeros” para los liberales, que, por tener que protegerse unidos contra las razzias conservadoras, debían conformar bandas armadas, de donde surgieron luego las guerrillas. Los conservadores, los “pájaros”, como “pájaro azul”, el “vampiro”, el Cóndor, consolidaban pandillas que podían permanecer sueltas y esperar de manera individual, con el aval del Ejército, la Policía y la Iglesia.

En todo caso, el marco general que encuadra la acción de los “bandoleros”, está brillantemente descrito, y los documentos judiciales, militares y de testimonio directo son de primera mano para escudriñar nuevas facetas de la rebelión campesina. Los interrogantes que se plantean son cruciales:

Qué habría sucedido de haberse consolidado una fuerza de izquierda con “Chispas”, “Sangrenegra”, “Desquite”, precisamente en una las zonas más importantes del país, que habría producido algo de mayor importancia que Marquetalia, El Pato, Guayabero y sus “Repúblicas Independientes”?

Acaso el Ejército, y los planes militares diseñados desde EE.UU. previeron de antemano esta posibilidad y por esa razón destinaron una fuerza suprabrigada que atravesaría todo el país, con el Batallón Colombia?

Fue la operación Marquetalia un plan destinado a cortar toda posibilidad de unir la guerra de las FARC con los sectores aislados de los llamados bandoleros?

La respuesta a estos interrogantes sería objeto de otro estudio para el cual Sánchez y Meertens han aportado el material documental básico.

En efecto, y en esto consiste la apertura de una brecha investigativa sobre la violencia en Colombia que han hecho los autores, resalta la necesidad de lograr una caracterización precisa del contexto político-estratégico del momento, signado por la revolución cubana y la emergencia de movimientos guerrilleros de corte castro-maoísta, al tiempo que se diseña la Alianza Para el Progreso, el Plan Lasso, el Plan Camelot, el énfasis sobre el entrenamiento militar para la contrainsurgencia. La unidad de los partidos alrededor de este proyecto global, tanto desde el punto de vista internacional como nacional, afianza el Frente Nacional y sus propuestas.

La superioridad de un proyecto centralizado del bipartidismo sobre la resistencia campesina desperdigada, desprestigiada y desarticulada era obvia. Los focos de repúblicas “independientes” cayeron co-

mo en salchichón, por porciones, asegurando la tutela del Ejército sobre los territorios de mayor conflicto. A este respecto, cabe señalar que los estudios hechos por investigadores norteamericanos, como Martz con su apología del Frente Nacional, Oquist en su caracterización del “colapso del Estado” de la violencia, no hacen más que relieves la óptica del cierre sistemático a toda oposición que se crea con el Frente Nacional. Mientras para Martz el régimen de Rojas no garantizaba una paz duradera con las guerrillas, para Oquist era necesaria la unidad de los dos partidos tradicionales para rescatar el Estado de su postración e imponer de nuevo la égida del dominio político tradicional. Ciertamente, el Frente Nacional constituye un fortín burocrático-político que abarca el terreno militar, así como los demás aspectos.

El Frente Nacional exige de los propios conservadores la entrega de grupos enquistados en la región de Boyacá y Santander, como el de Efraín González, cuyas extremidades tocan el área de las esmeraldas y la continuidad de bandas comprometidas con el bandidaje simple y llano. Este, no ya comprometido con el liberalismo, y con apego a la ANAPO en su última fase, debido al apoyo de los curas y las autoridades regionales, así como de cierta cobertura política nacional en el Parlamento, logró consolidar una presencia importante en Boyacá y Santander que, de todas maneras, contrastaba con los propósitos centralistas del Frente Nacional. Hostigado por el Batallón Colombia, moriría en Bogotá en medio de una balacera sin precedentes en plena vía pública, ante la mirada benévola de cientos de ciudadanos. La delimitación de los bandoleros de este período como de factura “pre-política” que hace Hobbsawm se enreda bastante si nos atenemos a su definición de los pre-político. Ello constituiría una fase en la que los bandoleros balbucean algunos lineamientos, sin acercarse a ellos totalmente. En este caso, debe separarse el grado de aculturación de los bandoleros, bastante reducido como lo muestran los autores, y la claridad de las opciones políticas. Ciertamente que habría una característica “pre-política” en los bandoleros mencionados, si nos atenemos a su cercanía con respecto a un proyecto contestatario, para no hablar de uno revolucionario. Pero, en este sentido, la propia opción contestaría está en embrión, no desarrollada, y los “bandoleros” la enuncian con su insistencia en la lucha armada y el desplazamiento permanente para combatir al enemigo. No pocos líderes guerrilleros de los sesenta, los setenta y los ochenta, tendrían que ver con el ambiente de la violencia y reconocerían en los “bandoleros” el aporte de un tesón y un valor a toda prueba. Rescatar este aporte es el mayor significado de la obra de Sánchez y Meertens.

LIBARDO GONZALEZ

Marco Palacios. *El Café en Colombia. 1850-1970. Una Historia Económica, Social y Política*. El Colegio de México. El Ancora Editores. Bogotá 1983. Segunda Edición corregida y aumentada.

Desde un primer momento de lectura, dos aspectos —entre otros— comienzan a impresionar de la obra de Marco Palacios: su concepción teórico-metodológica y la riqueza, profundidad y novedad de las temáticas desarrolladas. Dentro de la fecunda complejidad que presentan esos aspectos señalemos —en la brevedad de esta nota— algunos puntos que nos parecen importantes. Ante todo, resulta significativo y revelador el enfoque, el punto de vista adoptado en la investigación. Podría decirse que se trata de un enfoque que plantea interrelaciones de elementos, conjuntos y sistemas, en términos sincrónicos y diacrónicos, en su diversidad espacial y temporal. En efecto, el sector cafetero es estudiado como un conjunto interrelacionado de factores económicos, sociales, políticos, ideológicos y espaciales, que implica a la vez relaciones dinámicas con el sistema global de la sociedad. De este modo, se aborda el estudio de las regiones cafeteras del país, y dentro de éstas, el estudio de las subregiones y localidades, describiendo y analizando en su diferenciación e integración los elementos económicos, sociales, demográficos, técnicos, políticos, etc., implicados en la actividad cafetera. A su turno, estos análisis son articulados a la historia comprehensiva de la economía, la sociedad y la política del país. Se trata de un texto que de manera apasionante y en gustoso estilo nos va revelando el drama de la historia, en sus variados planos, con sus diversos asuntos, conflictos, roles y personajes, y en el escenario múltiple de la vida comarcal y nacional. En este sentido la obra de Palacios se distingue de dos extremos: de una parte, del monografismo que en forma unilateral solo ve el espacio “interior” del objeto, haciendo abstracción de las múltiples concatenaciones “externas” implicadas en dicho objeto, y de otra, de las extralimitadas generalizaciones que hacen abstracción de la rica complejidad y diferenciación de las historias locales y regionales. La obra de Palacios, por el contrario, nos proporciona la síntesis —de difícil logro en los textos de historia— que brota de la articulación tanto de los elementos generales como de las diferenciaciones regionales y sectoriales. Este aspecto a la vez diferenciador e integrativo le otorga a la obra ese alto grado de profundidad, completud e innovación que la caracteriza.

Así mismo, el enfoque que hemos señalado nos conduce a otro elemento sobresaliente de la obra. Se trata de la selección y manejo de las fuentes de información. Naturalmente, el modelo anteriormente descrito, impone a la investigación el empleo de la información pertinente a las diversas instancias (económica, social, política, etc.) en sus dimensiones especiales (locales, regionales y nacionales) y temporales (1850-1970). De este modo, la investigación de Palacios nos entrega una exuberante documentación que transita desde la información

general hasta el fecundo universo de los archivos locales y regionales. Esta minuciosa y pródiga información es la base sobre la cual se sustentan de modo verdaderamente sólido y consistente los radicales aportes descriptivos, analíticos e interpretativos de libro.

En este orden resulta significativo el uso sistemático de la información cualitativa y cuantitativa. Ello implica, por supuesto, que en la textura del discurso se articulen los análisis cualitativos y cuantitativos, como el modo de acceder a la captación de las relaciones y tendencias, aspecto metodológico que encarna una de las virtudes centrales del libro. Tanto por los elementos metodológicos como por las características anteriormente señaladas, la obra de Marco Palacios constituye un modelo de investigación para la producción historiográfica contemporánea del país.

Ahora indiquemos algunos desarrollos concretos del libro. Obviamente, el hilo conductor explícito es la producción cafetera. No obstante, la periodización del proceso histórico general no se halla reducida y determinada exclusivamente por los ritmos de la dimensión económica del café (lo que equivaldría a un miope determinismo economicista cafetero, del cual no están exentos del todo algunas investigaciones del país). En dicha periodización interviene el conjunto articulado de los procesos económicos, sociales y políticos, en sus diferenciaciones e integraciones especiales. En esta forma comienza a abordarse la historia del siglo XIX, a partir de su segunda mitad y la gestación de la producción cafetera.

Acerca del período dominado por el librecambio y el liberalismo federal existe en nuestra historiografía una concepción bastante generalizada que considera aquella etapa —de *Laissez faire*— como de estancamiento económico y material, de fragmentación nacional y de efectos nocivos para la vida nacional. Palacios comienza por introducir la duda en esta concepción: plantea que desde el punto de vista del análisis económico todavía es difícil establecer si aquel período trajo en última instancia las consecuencias negativas que se aducen, o si, por el contrario, conllevó también efectos positivos derivados del desarrollo material del país, así éste estuviese en función del mercado externo y de la burguesía comercial. En este orden, el autor llama la atención sobre la última apreciación: subraya que la articulación al mercado mundial, pese a los retrocesos coyunturales y a los desequilibrios derivados de la excesiva concentración de la propiedad y del ingreso, apuntaba al rompimiento de las estructuras estáticas y autoconsumidoras de la economía rural postcolonial; que en el período que se inicia alrededor de 1850 es patente en Colombia, más que el estancamiento económico, cultural y social, el desarrollo de un tipo particular de capitalismo; sugiere que librecambismo, al reclamar la movilidad de los factores productivos y la ampliación del mercado, llevaba consigo ele-

mentos extraeconómicos progresistas, tales como el debilitamiento de las ideologías oscurantistas, el enjuiciamiento de la sociedad de castas raciales y de los valores señoriales, la secularización del Estado, etc. En resumen, se trata del señalamiento de los tópicos para una nueva concepción de la etapa liberal federalista, ligeramente evaluada en términos crítico-negativos por la historiaografía nacional y, en general, notablemente descuidadas por la investigación histórica colombiana.

Sobre el período de la Regeneración, el autor, igualmente, formula planteamientos novedosos. Critica, por ejemplo, aquella interpretación que sostiene el siguiente esquema de distinciones: de una parte, la etapa liberal expresaría la hegemonía de los grupos agroexportadores, de una burguesía comercial internacionalista, en tanto que, de otra y por el contrario, la Regeneración representaría a las clases agrarias cerradas al comercio exterior y a las capas medias de la burocracia estatal y reaccionaria. Respecto a este planteamiento el autor subraya que tanto durante los períodos liberal como conservador la vinculación al mercado mundial se mantuvo como una cuestión de principio; esos períodos eran las dos versiones de una esperanza compartida: el advenimiento de la modernidad capitalista; que dicha interpretación desconoce el discurso internacionalista de los ideólogos de la Regeneración, que postulaban la modernización económica con base en la articulación al comercio mundial y en la movilización de los recursos internos, y así mismo, no da cuenta del fenómeno antioqueño de una burguesía modernizadora, vinculada al comercio exterior, que, pese a sus reticencias, fue Regeneracionista. Las divergencias entre liberales y conservadores —señala el autor— no se situaban en el modelo agroexportador, que era respaldado por ambos, aunque con matices diferentes; sobre la necesidad de la vinculación al mercado mundial existió entre las clases dominantes un temprano consenso. Las divergencias se planteaban en cuanto a la forma política del Estado, en la definición de las formas que deberían recibir las relaciones de dominio sobre las clases subalternas. Ello conducía al planteamiento de otros dos aspectos conflictivos: las relaciones entre Estado e Iglesia (secularización) y las relaciones entre las regiones y el centro político (centralización). Los liberales creían que la libertad individual, la democracia y la movilidad social como bases del progreso eran generadas en forma natural y continua por el capitalismo que se autorregulaba sin la intervención del Estado, en tanto que los conservadores consideraban que el “capitalismo espontáneo” socavaba los cimientos de todo progreso: el Estado, la autoridad y la religión. De ahí entonces la empresa de la Regeneración, con su proyecto de centralización política y su plan económico-fiscal de tintes neomercantilistas e intervencionistas, a lo cual se opondrían los liberales, grupo que había visto derrumbarse su proyecto librecambista con el desplome de la exportación tabacalera a partir de 1875.

Entre 1870 y 1910 se sucede el primer ciclo de expansión del café. Durante este tiempo —expresa el autor— la economía cafetera se con-

solida en el país, cubriendo una amplia área cuyos centros principales eran el nororiente Santandereano, el centro cunditolimense y el país antioqueño en el occidente de Colombia. El autor describe detalladamente el proceso de esta expansión, los factores que la hicieron posible, los obstáculos que tuvieron que vencerse, los cambios y las nuevas condiciones que la caficultura fue generando en aquellas regiones. Subraya, por ejemplo, el hecho de que fueron los comerciantes de origen urbano quienes impulsaron dicha expansión, convirtiéndose en hacendados y exportadores de café. Estos comerciantes constituían el núcleo de una nueva oligarquía que se había formado y desarrollado bajo el estímulo precisamente del período liberal y librecambista, durante el cual habían obtenido las bases de su ascenso a través de la política y su vinculación con el Estado (tierras baldías, bonos de deuda, remates de bienes eclesiásticos, etc.) y de sus negocios (exportación de tabaco, quina, añil, oro, etc.). De este modo, el período liberal, con sus reformas y el fomento a la agroexportación, contribuyó a la formación de los grupos mercantiles y a su conversión en terratenientes, grupos que finalmente se interesaban en la producción cafetera de exportación. El proceso de expansión y consolidación de esta producción se sustentó en las condiciones materiales, en el dinamismo y las posibilidades económicas del sector privado (capital, mano de obra, transporte, condiciones ecológicas, experiencia empresarial, precio internacional del café, etc.), sin que para ello se hubiese contado en una forma sostenida con la presencia activa del Estado. En este punto, por ejemplo, el autor critica las apreciaciones de algunos historiadores para quienes la política de la Regeneración había tenido un impacto positivo en el desarrollo de la economía cafetera durante su primer ciclo. Según dichas apreciaciones, la inflación y devaluación que causaban las emisiones de papel moneda estimulaban las exportaciones. Palacios observa que la inflación, al provocar un crecimiento de los costos más rápido que la tasa de cambio, anulaba precisamente los posibles efectos estimulantes que para las exportaciones podían derivarse de la devaluación. En general, la expansión cafetera no habría recibido el impulso sostenido del Estado, el cual, ante todo, se veía absorbido en su acción por el conflicto político-militar y la crisis fiscal.

El advenimiento de los comerciantes urbanos a la agricultura generó el apareamiento de la hacienda, que fué la precursora de la expansión cafetera durante el primer ciclo, en las tres grandes regiones: Santander, Cundinamarca-Tolima y Antioquia. El autor nos describe, a través de las historias particulares de esas regiones, el ambiente económico, geográfico, social y político, etc., que sirvió de escenario al proceso de constitución de las haciendas y la expansión del café. Dentro de estas historias regionales se destacan la que se refiere a la Colombia central —que constituye de por sí el mejor estudio realizado hasta ahora sobre dicha zona— y la que se refiere a la colonización antioqueña. En ambas regiones, la base territorial de la hacienda cafetera fue la

fragmentación del latifundio colonial (y no propiamente los baldíos, resguardos o bienes de manos muertas). El establecimiento de las haciendas cafeteras —en Colombia central— está precedido de una estructura social compleja y bastante sedimentada a la que tienen que adaptarse pero a la que aportan también algunos ingredientes perturbadores como los provenientes de la economía monetaria y de mercado. Dentro de esa estructura previa, el autor llama la atención, entre otros muchos aspectos, sobre la presencia de las economías campesinas —una temática bastante descuidada por la historiografía colombiana— que están en la base de la caracterización de los regímenes agrarios de dicha región para el siglo XIX. Observa así mismo que las familias campesinas son las unidades celulares de trabajo en las grandes, medianas y pequeñas propiedades, y, finalmente, que las haciendas en su adaptación reproducen aquellas formas campesinas. Acerca de la colonización antioqueña existe una “leyenda rosa” que nos describe una sociedad en donde el esfuerzo, el ethos del hacha, la fraternidad, la distribución amplia de la tierra, etc., crearon una sociedad igualitaria y democrática. Palacios, a través de un examen crítico de dicha historia, desmonta esa leyenda, poniendo de manifiesto los conflictos sobre la apropiación, explotación y distribución de la tierra, la violencia que los acompañó, conflictos que correspondían a procesos de diferenciación social que arrojaron la presencia de una sociedad jerarquizada, poco igualitaria.

Las haciendas —que presentaban una tipología regional diversa— si bien habían sido las precursoras de la expansión territorial del café, no constituyeron la vía propia para el desarrollo de la caficultura. A la fase de las haciendas (1870-1910) le seguiría la etapa de la caficultura campesina (1910-1950). Diversas circunstancias se conjugarían para provocar el colapso de las haciendas. Entre tales circunstancias, para Colombia central, se destacaban la diferenciación social interna de las haciendas, los patrones de poblamiento disperso, la expansión acelerada del café (en los años 20) con la consecuente movilidad de la mano de obra, el contexto político, las exigencias generales de modernización agraria, la política del Estado, etc. El complejo conflicto —observa el autor— que emergía de la estructura misma de la hacienda combinaba dos tipos de contradicciones: entre jornaleros y arrendatarios (“capitalista” por salario y mejores condiciones de trabajo, etc.), y entre arrendatarios y jornaleros con la hacienda (“precapitalista”, por la propiedad de la tierra). Las haciendas operaban mediante diversos sistemas de arrendamiento precapitalista bajo una organización laboral centralizada. El arrendatario, que recibía una estancia, subcontrataba mano de obra (jornaleros) y mantenía una relación jurídico-laboral que le permitía a la hacienda proveerse de trabajo, entraba a competir con ésta en la asignación precisamente de los recursos básicos: la tierra y la fuerza de trabajo. Las contradicciones entre arrendatarios y haciendas se expresaba en los conflictos por la libertad

de cultivos; la distribución de la fuerza de trabajo entre estancias y haciendas; y finalmente, por la propiedad de la tierra. En este proceso los arrendatarios formaron un frente común con los jornaleros, llevándolos a una reivindicación “precapitalista”, más campesina que proletaria: la propiedad individual de la tierra. De este modo, arrendatarios y jornaleros se lanzaron a la lucha por la tierra, apoyados en una u otra forma por grupos políticos como el gaitanismo, el partido comunista y la izquierda lopista, lucha que conduciría al fraccionamiento de la hacienda y al apareamiento de la pequeña propiedad dedicada a producir café. Al proceso de fragmentación de la gran propiedad y surgimiento de la economía campesina contribuían otras circunstancias tales como la debilidad de los hacendados cafeteros del centro, quienes a partir de la Primera Guerra habían perdido el liderazgo económico, financiero y político, el cual se trasladaba al eje Medellín-Manizales; las coyunturas de inflación (años 20) y de deflación (crisis de los años 30) que incidían en el funcionamiento de la hacienda; la política del Estado que no se orientó a resolver los problemas económicos y financieros de las haciendas, sino a fortalecer la economía campesina, y que puso en práctica, para resolver la cuestión agraria, una política de parcelación de haciendas y colonización de baldíos, etc. Como resultado de este complejo proceso emergió un sector cafetero cuya base productiva estaba constituida por la economía campesina.

A partir de los años 60 se inicia la última fase de la caficultura: la de los “empresarios”. Esta fase también se genera bajo el impulso de factores externos, concretamente, de la acción combinada entre el Estado —a través de la Federación Nacional de Cafeteros— y los capitalistas urbanos. La tendencia que marca esta etapa es la de instaurar en la base productiva del café las relaciones típicas de capital y trabajo asalariado. Esta tendencia ha traído como resultado la dualidad de una caficultura campesina y una caficultura capitalista, que se constituye, no como dos mundos separados, sino como dos partes integrantes del sistema global del capitalismo colombiano. Estas circunstancias caracterizarían el desarrollo reciente de la caficultura colombiana.

Si hemos insistido en señalar algunos aspectos de la historia del sector cafetero, esto no quiere decir, por supuesto, que el libro se limite unilateralmente a esta historia. Lejos de ello, el autor, como lo señalábamos al comienzo, articula el desenvolvimiento de la caficultura al proceso global de la economía, la sociedad y el Estado, según los períodos históricos y los rasgos característicos de cada uno de ellos. Con estas indicaciones solo hemos querido llamar la atención del lector sobre una de las obras más importantes que se han escrito sobre la historia colombiana de los siglos XIX y XX.

Bernardo Tovar Zambrano

Nina S. de Friedemann y Carlos Patiño Rosselli, **Lengua y Sociedad en el Palenque de San Basilio** (Bogotá 1983, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, mapas, fotografías, 300 pp.).

El objeto del libro es estudiar el lenguaje y la sociedad de la comunidad negra de San Basilio en la costa norte de Colombia. La obra consta de 2 partes: la primera es un estudio socio-histórico de la comunidad y fue escrito por la señora de Fiedemann (pp. 17-82). La parte más importante y novedosa de este trabajo lo constituye el análisis del habla en el palenque de San Basilio (pp. 83-287) realizado por el profesor Carlos Patiño Rosselli. El profesor Patiño ha orientado su estudio a los aspectos fonológicos y morfosintácticas de una de las formas de expresión vernácula de nuestra criollística. El trabajo incorpora una serie de observaciones sociolingüísticas sobre los posibles orígenes del habla criolla de dicha comunidad y el carácter bilingüe que hoy día la caracteriza. H.T.

Documentos para la historia de la insurrección comunera en la Provincia de Antioquia, 1765-1785 (Medellín 1982, Universidad de Antioquia, departamento de Historia, 620 pp.).

Este volumen es la transcripción del tomo 332 de **Comuneros** que reposa en el archivo histórico de Antioquia y se hizo como parte de la conmemoración del bicentenario del levantamiento comunero de 1781. El volumen es fundamental para quienes están interesados en los estudios de los movimientos sociales del siglo XVIII además de que ofrece una visión sobre el carácter que asume en la provincia de Antioquia la protesta de diferentes sectores de la sociedad colonial. El departamento de historia y sus profesores han hecho una contribución muy importante a la investigación histórica al ofrecer a los investigadores materiales de difícil acceso. H.T.

Manual Lucena Salmoral, **El memorial de don Salvador Plata, Los comuneros y los movimientos antirreformistas** (Bogotá 1982, Instituto colombiano de cultura hispánica, 316 pp.).

El autor no sólo ha hecho una transcripción del controvertido informe de don Salvador Plata sino que en una introducción de 30 páginas ha querido resaltar la importancia del documento para la comprensión del movimiento comunero como movimiento antirreformista y como parte de una serie de insurrecciones populares que cobijaron a toda la América española. Don Salvador Plata un personaje contradictorio por la forma como asumió sus compromisos con el pueblo y con el Rey ha dejado un largo documento que intenta mostrar las razones de su participación como capitán de los comuneros, sin perder sus convicciones realistas.

La celebración del Bicentenario de los Comuneros que fue muy pobre en obras serias, ha dejado por lo menos este importante documento al alcance de los investigadores y, con el volumen publicado por la Universidad de Antioquia, constituye lo más positivo del Bicentenario que pasó sin pena ni gloria. H.T.

Juar Marchena Fernández, **Oficiales y Soldados en el ejército de América** (Sevilla, 1983, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, apéndices, gráficos, 400 pp.).

Empleando nuevos métodos de análisis el autor ha realizado un interesante estudio sobre la organización militar en América especialmente durante el siglo XVIII. No se trata de una mera descripción de los diferentes cargos y rangos que existían dentro del ejército sino que se aborda allí los aspectos sociológicos de su composición. Dentro de este análisis se estudia cuidadosamente, tanto la oficialidad como la tropa y todos los problemas relativos a su reclutamiento, adiestramiento, intendencia y vida social en general.

Se destacan en este estudio los aspectos demográficos del ejército de indias y los problemas de la adaptabilidad de los cuerpos militares en los trópicos americanos. No escapa al trabajo algunas consideraciones sobre las razones que motivaron algunas sublevaciones militares que el autor considera se deben esencialmente a las difíciles condiciones económicas de la tropa. Como el autor lo señala (p. 79) las milicias americanas han quedado fuera del objeto del presente libro que busca estudiar el Ejército regular conforme se concebía en la península. H.T.

Eduardo Pérez O., **Guerra Irregular en la Independencia 1810-1830** (Tunja 1982, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, ilustraciones, 468 pp.).

El trabajo ofrece una visión general sobre la guerra irregular en el mundo occidental desde tiempos antiguos para luego entrar a analizar el marco americano y de modo especial el período que va de 1810 a 1815 en Venezuela. La parte central y novedosa de la obra se circunscribe a la tercera parte del libro (pp. 201-453) donde se describe la resistencia de partidas republicanas y antirrepublicanas en el litoral pacífico, el Llano y la región sur de Colombia. La obra es un esfuerzo por mostrar la importancia que asume la participación popular en la Independencia a través de la guerra irregular. Muchas cosas importantes en este libro se pierden por falta de un esfuerzo que hubiera seguido cuidadosamente a estas partidas y nos hubiera mostrado su composición social y las verdaderas razones de su movilización. H.T.